



Sergio Gaytán

Por Bunker- Poeta

Hoy recordé a Sergio Gaytán. Fue algo casi absurdo: entré a mi estudio, vi mis libreros cercanos al escritorio y su voz amarga, profunda y bien matizada vino aquí, al espacio vacío, para decir que siempre hay que estar lo más cerca posible de los libros, que entre más pequeño el espacio donde trabajas, mejor. Esa cercanía entre escritorio y libreros es necesaria para intrusear, sacar, mover, estirar las manos y dar con el libro exacto. Eso me lo dijo cuando lo conocí en su casa de la avenida Santos Ossa. Fue Mónica, su ex mujer, quien me invitó allá, cuando apenas era un poeta joven, recién llegado de haber concluido mis estudios en la ciudad sabalera de Santa Fe, Argentina. La primera imagen, entonces, que guardé de Sergio fue sentado en su estudio, con los estantes de libros casi cayendo encima de su cuerpo moreno y delgado. Apenas entré, saludándolo a mi paso, vi un libro de Benedetti que no tenía. Lo tomé por curiosidad y me lo obsequió. Esa sería una constante, en cada visita a su casa siempre me regaló libros. En la parte inferior de uno de mis anaqueles conservo lo que compiló, antologó, los estudios y prólogos que dejó impreso en una treintena de libros, todos firmados y dedicados al joven poeta Bunker, como me llamaba. Siempre me dijo que le gustaba mi curiosidad por la literatura, mis ganas de aprender y leer todo lo que encontrara a mi paso. De cierta manera fue un profesor para mí, me enseñó de literatura nortina y mirar desde otro prisma a aquellos autores viejos ¿Sabella, Bahamonde, Serge? que en

mi afán de escritor novel venía a criticar como próceres de Antofagasta. La consigna de que hay que matar a los dioses, Gaytán me la corrigió. Era un hombre sabio, polémico y consecuente con sus ideas. Nos escribíamos mails sobre teorías literarias y escritores. Me aconsejaba sobre el camino a seguir y estuve ahí cuando un infarto dio el gran susto. Luego me fui, muy lejos, pero cada vez que regresaba a Antofagasta, lo visitaba. Tuve la suerte incluso de presentar en su compañía y con Osvaldo Maya el libro del Pope Julio. Qué honor estar junto a esos dos cracks, nuestros Borges y Bioy nortinos. Todo fue gracias a Don Gabriel Amengual y conservo ese recuerdo con mucho cariño, el estar en el estrado junto a ellos y la cena que vino después en casa de Sergio, sin saber que esa sería la última vez que compartiríamos de esa manera.

«Hoy falleció Gaytán, hay que recordarlo con vino tinto y poesía», me escribió Carlos Massardo, quien un año después, en plena pandemia, lo secundaría. Hoy están ambos bebiendo vino y hablando de literatura en un lugar al que todos llegaremos a golpearle la puerta al Negro, para que nos reciba igual como siempre lo hizo en su casa de la avenida Ossa.

Ni idea por qué hoy recordé a Gaytán, en este día frío, lloviznado en la Patagonia, horas antes de ir a hacer clases en la ruralidad del Claro, mientras suena el pito de las doce y mi mente viaja a la tierra de mi infancia, a la de mis muertos, Antofagasta; donde tuve la suerte de conocer a Sergio Gaytán Marambio. ☾

Linterna de Papel